LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 19 DE AGOSTO DE 1889 — NÚM. 399

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

PERSEGUIDO, cuadro de Augusto Dieffenbacher

(*Exposición artística internacional de Munich* 1888)

Las nieves acumuladas durante el invierno empiezan á derretirse, los torrentes rugen de nuevo con las aguas que de las altas cumbres descienden, el cielo, poco há liso y agrisado, puéblase de espesos nubarrones y la dura capa de hielo que cubría el lago ha desaparecido en algunos puntos y ostenta en otros grietas y manchas azuladas que indican su próxima disgregación. Nadie se aventura á atravesarlo. De repente aparece sobre la frágil superficie un desvencijado trineo y tendido en él un hombre que lleva una mano al pecho herido y con la otra aprieta convulsivamente el fusil, su amigo inseparable, y en cuyo rostro desencajado se retratan el cansancio y el sufrimiento: es el cazador furtivo que huye de sus perseguidores. Desangrado y rendido por la fatiga llegó á su cabaña sin aliento más que para decir á su pobre hija: – ¡Es preciso atravesar el lago! – La valerosa muchacha, comprendiendo que va en ello la vida de su padre, coloca á éste en el tosco trineo y empuñando las largas pértigas empuja con brazo vigoroso el quebradizo vehículo y se lanza á aquella peligrosa travesía confiando en Dios y volviendo de cuando en cuando los ojos para ver si los que les persiguen se atreven á imitar su ejemplo.

Este cuadro impregnado de un sentimiento dramático de primera fuerza y pintado con una valentía poco común llamó poderosamente la atención en la Exposición Artística internacional de Munich de 1888. Su autor nacido en 1858 en Karlsruhe estudió primero en la Escuela de Industrias artísticas de Munich bajo la dirección de Echter y posteriormente en la Academia de la misma ciudad siendo allí sus profesores Lindenschmidt y Lofftz.

ESTUDIO PARA EL CUADRO «EL TRABAJO» de Arnaldo Ferraguti

He aquí un fragmento del cuadro que está pintando Ferraguti y del cual hablamos en nuestro número anterior: tan bello como el que entonces reprodujimos y quizás de más difícil ejecución por la actitud en que el autor ha colocado á la joven labradora, es un nuevo justificativo de nuestros anteriores elogios y viene á aumentar el



PERSEGUIDO, cuadro de Augusto Dieffenbacher

convencimiento de que *El Trabajo*, una vez terminado, será un *capo lavoro*, como dicen los compatriotas del autor; porque cuando se cuenta con tan buenas unidades y se domina el arte como lo domina Ferraguti, el conjunto de aquéllas resultante no puede menos de ser excelente.

Conducción de la reducción de la estatua «La Libertad iluminando el mundo» de M. Bartholdi

(*Regalada por los norteamericanos á Francia*)

El día 4 de julio último se inauguró en París la reducción de la estatua colosal que los franceses regalaron á los norteamericanos y que sirve hoy de potente faro en la entrada de la rada de Nueva York. La reducción recientemente regalada por los americanos á los franceses que se ha colocado en la punta de la isla de los Cisnes mide 8‘60 metros hasta la cabeza y 11‘40 hasta el extremo de la antorcha y su peso es de 11.000 kilogramos. Ha sido fundida en la fábrica de Thiebaut hermanos, en París, y trasladada á la citada isla en una sola pieza, recorriendo un trayecto de 6 kilómetros. Esta difícil operación fué dirigida por Mr. Chalet. Colocada la estatua en una especie de trineo, diez hombres la iban empujando por un camino formado con largas vigas jabonadas: así se avanzó al principio á razón de 500 metros diarios, trabajando día y noche, pero en vista de que á este paso no podría quedar aquélla puesta en la isla de los Cisnes para la fecha señalada, se sustituyó la fuerza de 10 hombres por uno de los grandes cilindros de vapor que sirven para apisonar grava y el día 28 de junio la estatua llegaba al sitio en que debía levantarse.

El buen éxito de la conducción ha valido en París unánimes elogios á Mr. Chalet.

CASTAÑO COLOSAL DE LA ISLA DE MADERA; detalle del tronco

Después del castaño del Etna, que con razón es tenido por el decano de sus similares y como el mayor coloso de su especie, pocos castaños habrá que aventajen al que se conserva en la isla de Madera, en una finca del conde de Carvalhal enclavada en Achada, parroquia del Campanario, á 23 kilómetros de Funchal. Mide 53 metros de altura y á un metro del suelo el tronco tiene 11‘60 metros de circunferencia: en el centro del tronco hay una habitación cuadrada de 1‘70 metros de lado por 2 de alto y en el lado Sud se abre una ventana de 0‘52 por 0‘57 metros. El árbol está aún en plena vegetación y su edad es muy difícil de determinar como sucede en todos los colosos de este género.

ESCENA CAMPESTRE, cuadro de Mr. Debat-Ponsan

(*Salón de París de* 1888)

En un apacible paisaje cuyo aspecto poético es á propósito para servir de decoración á una tierna escena, un joven pastor contempla amoroso á la graciosa pastora apoyada en el brocal de la rústica cisterna de donde aquél saca agua para abrevar á su dócil rebaño. La joven baja púdicamente los ojos y el carmín que asoma á sus mejillas y su actitud embarazada, á las claras dicen que una primera confesión de amor suena deliciosamente en sus oídos llevando á su espíritu una mezcla indefinible de turbación y de alegría.

¡Felices los seres en cuyas inocentes almas produce el amor tan puros sentimientos!

Mr. Debat Ponsan ha interpretado de una manera acabada ese delicado idilio. ¡Cuánto sentimiento en las dos figuras! ¡Cuánta verdad en los animales, árboles y flores! ¡Cuánta poesía, en fin, en toda esa escena campestre!

UN GRABADOR. RETRATO DE Mr. F. ROPS cuadro de Mr. Mothey

(*Salón de París de* 1888)

El cuadro de Mothey representa á uno de los primeros dibujantes y grabadores de Francia, Mr. Rops, y es indudablemente una de las mejores obras que se expusieron en el Salón de París de 1888.

El artista vestido con su traje de taller aparece envuelto en la luz que penetra al través del glaseado cristal de la ventana examinando atentamente una de sus pruebas antes de dar el último retoque de buril y de grabar su firma en la plancha que hará las delicias de tantos inteligentes y aficionados.

La expresión del semblante, los brazos, la figura entera del insigne grabador, los utensilios del oficio, la transparencia de la vitela, todo está estudiado con rara perfección y con una sencillez y una sobriedad de colores inimitables.

CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

(*grabado por E. Mancastropa*)

Perdónenos el autor de este cuadro, nuestro distinguido compatriota, que califiquemos de sobrado modesto el título que ha dado á su por tantos conceptos interesante trabajo: en éste se admiran no sólo la corrección de líneas de una testa en extremo simpática, sino también la propiedad de un rico traje de los pasados siglos y una colección de flores tan elegantemente dispuestas y con tanta habilidad pintadas que nos parecería absurdo calificarlas de accesorio indiferente. Reuniendo, pues, todas estas valiosas condiciones ¿no es verdad que el lienzo de Sánchez Barbudo merece un título más importante que el sencillo de *Cabeza de estudio?*

GUILLERMO ONCKEN Director de la Historia Universal

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES

que publica en esta ciudad la casa editorial de esta Ilustración

En nuestro número anterior dedicamos un extenso artículo biográfico á este concienzudo y notable historiador que ha sabido ocupar un lugar preeminente en su patria, donde tantos historiadores de nota florecen en la actualidad. Hoy insertamos su retrato como digno complemento de dicho artículo, y como justo homenaje tributado por una publicación, literaria al par que artística como la nuestra, al hombre que, en la reciente *Historia universal* que dirige con éxito y de la que es además uno de los principales colaboradores, ha elevado un monumento á las letras y á la crítica histórica moderna.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

CREMACION DEL CADÁVER de un caudillo idólatra en la Rusia Oriental

(*Cuadro de Enrique Siemiradski*)

El cuadro colosal del conocido pintor polaco representa una escena salvaje y horrible, tomada de una descripción de un escritor árabe de aquella época (siglo X). El artista nos transporta á una aldea del inmenso territorio de los Urales: allí ha fallecido el venerado caudillo que supo gobernar sabiamente en tiempo de paz y conducir en la guerra á sus vasallos á la victoria. El pueblo entero se apresta á tributar los últimos honores al cadáver según los usos y costumbres del país. En un lugar despejado y sólo rodeado de algunos árboles se ha levantado la inmensa hoguera sobre la cual descansa una barca de fantástico y saliente espolón: en ella yace sobre abultados cojines y bajo un toldo resguardado el inanimado cuerpo del príncipe cubierto de ricas vestiduras. A su lado vense colgadas las relucientes armas, que tantas veces blandió su férreo brazo en cien combates, y degollado su fiel caballo de batalla, y sobre el mortuorio lecho aparecen esparcidos ricos objetos de oro y de plata. A los pies del cadáver y presa de inmenso dolor está sentada la joven y hermosa favorita del caudillo que, destinada á morir, coge con mano convulsa el vaso que un repugnante viejo, cuya diestra blande afilado puñal, ha llenado de mortal veneno: dos leales siervas lloran desesperadas el terrible y cercano fin de su bondadosa princesa. Más abajo vense tres grupos que reflejan de una manera en extremo característica la índole distinta de la tristeza de los súbditos del difunto caudillo. A la derecha tres mujeres con el cabello en desorden se lamentan de la desastrosa suerte que espera á la pobre víctima de una superstición repugnante; en el centro un anciano bardo canta las hazañas del héroe que fué y á su alrededor siniestras figuras guerreras, los compañeros de combate del muerto, golpean sus escudos metálicos y con espantosa gritería procuran apagar las lamentaciones de las mujeres. Al frente del tercer grupo un hombre casi desnudo y con el rostro descompuesto empuña la encendida tea que ha de prender fuego á la hoguera: es el pariente más cercano del príncipe encargado de la última ceremonia. Detrás de él agrúpase la plebe que contempla ávida de emociones el espectáculo y por encima de cuyas cabezas sobresalen los asquerosos ídolos de una religión tan absurda como sanguinaria.

Este grandioso asunto ha sido maravillosamente tratado por Siemiradski: todo en él es magistral, así la composición en conjunto como cada uno de los detalles que en la misma entran; el espectador se cansa de admirar bellezas, el crítico es impotente para analizarlas una por una.

REDENCION

(*Conclusión*)

– ¿Qué es esto, Luis? le pregunté.

– No te asustes, Angela mía, dijo Luis sonriéndome y acariciándome.

Jamás había visto aquella sonrisa en sus labios.

. . . .

Al amanecer de aquel día, las campanas de una iglesia vecina tocaban á muerto. Lloré y pensé que tocaban por mi virtud ya enterrada. Aquella sonrisa y aquellas caricias de Luis habían sido su tumba.

Salí de aquella funesta casa, temblando y temiendo el castigo de mi madre, mas ¿cuál no sería mi sorpresa al ver que nada me decía y me trataba con desusado cariño? En fin para abreviar y no cansar á V., le diré que siguiendo los consejos de mi madre y los deseos de Luis dejé de trabajar y fuí á ocupar una magnífica habitación en la que vivía con gran lujo. Luis no se contentó con robarme una virtud, quiso también arrebatarme la del trabajo.

Mi madre no habitaba conmigo, pero vivía cómoda y desahogadamente con lo que Luis le daba.

Pasaron así algunos meses y desde Valencia, lugar de mi nacimiento y en donde aconteció cuanto he referido, quiso Luis que nos trasladáramos á Madrid. Aquí como allí continuó mi vida de lujo y de placeres. Luis para satisfacer su vanidad me llevaba en magníficos carruajes á los paseos y me obligaba á frecuentar los teatros.

Esto me disgustaba, pues bien sospeché que Luis nunca cumpliría sus promesas. Yo no era para él más que un juguete, un objeto de lujo. El tiempo vino á demostrarlo. Al año de llegar á Madrid empezaron á escasear sus visitas; una nueva desgraciada, una bailarina del teatro Real fué entonces quien le cautivó. Por fin recibí un día una carta concebida en estos ó parecidos términos: «Ya comprenderás que nuestras relaciones no han de ser eternas. La familia á que pertenezco me impide cumplir las promesas que supongo nunca creiste; pronto te consolará un nuevo protector, y estos billetes de banco sostendrán tu lujo hasta que aparezca ese nuevo protector á quien habré evitado el trabajo de educarte.»

Quise devolverle aquellos billetes, pero mi madre se opuso diciéndome: «Los duelos con pan son menos.»

Vendí mis muebles y mis alhajas, me propuse ser honrada y no pude, quise trabajar y nadie me dió trabajo.

En Madrid era ya una... ¿Quién? Una. *La Angelita.* Se consumió al poco tiempo el dinero que Luis me había dado y el producto de mis alhajas y caí en manos de otro amante y de otro y de muchos. Fué marchitándose mi única fortuna, la belleza, y el hambre me llevó al lupanar de donde salí para venir al hospital.

Esta es mi historia, la de muchas, la de todas.

Historia sin epílogo, pero fácil es adivinar cuál será este; volver á esta casa y morir aquí olvidada de todo el mundo y despreciada por él...

– Angela, tiene V. razón para dudar de todo el mundo, mas yo prometo á V. que no será ese su final. No todo en el mundo es maldad y perfidia.

IV

Aquel día vino Antonio á casa, vivíamos juntos; me contó cuanto había pasado, diciéndome después: – Como comprenderás, yo no puedo consentir que ese ángel vuelva á caer en el fango.

– ¿Y cómo evitarlo? le dije, ¿qué piensas hacer?

– Con lo que mi familia me da para mis necesidades pueden satisfacerse las necesidades de dos.

– ¡Ah! vamos, ¿y es esa la manera que tienes de regenerarla? declarándote su protector, su amante? número 1000 y tantos?

– Siento que no me comprendas, te había juzgado mejor. Pienso darla los medios para que encuentre manera honrada de vivir, bien ejerciendo su oficio, ó aprendiendo otro nuevo si es preciso.

– Apruebo tu pensamiento, pero cuida de no ser tú el maestro que la enseñe ese nuevo oficio.

Yo, como todos, no había conocido hasta entonces á Antonio, los hechos me demostraron que me había equivocado. Antonio buscó y alquiló una casa en un barrio escondido de Madrid, la amuebló con suma modestia y cuando Angela salió del hospital fué á ocuparla. El día en que se instaló en ella, Antonio la dijo: «Yo no soy un nuevo amante, proporcionaré á V. los medios de que viva honradamente, trabaje V., el trabajo borra todas las culpas.»

Un año vivió así Angela; por mediación de Antonio encontró trabajo en una tienda y cosiendo ganaba tres reales con los cuales casi se mantenía. Antonio la había señalado 25 duros mensuales, pero á los dos meses no quiso aceptar más que 12; decía que con ellos y con lo que ganaba vivía hasta con lujo. Durante este año Antonio no dejó ni un solo día de ver á Angela. Ni una sola palabra de amor se mezcló en sus conversaciones, y sin embargo Antonio amaba tiernamente á Angela, y ésta, cómo no había de amar á Antonio!

Al cabo del año Angela había sufrido un cambio notable en su parte física y moral. La tranquilidad había hecho que recuperase del todo su antigua hermosura y el trato con Antonio la había instruído, pues éste le regalaba libros que ella leía con afán, y como estaba Angela dotada de un claro talento natural, estas lecturas dieron sus frutos saludables.

Angela era feliz, sólo una sombra oscurecía su felicidad, su madre, su verdadero ángel malo, que al hablarle de Antonio le decía: «Has hecho una gran adquisición, un amante tonto y pobre, así sois todas.» Angela tapaba su boca infernal dándole algún dinero, privándose á veces de lo más necesario.

Un día recibió Antonio una carta de su padre, reprendiéndole duramente y diciéndole: «Por tu primo y encargado en esa el conde de V. he sabido la licenciosa vida que llevas; yo me sacrifico para que tú puedas recuperar una fortuna que la desgracia nos ha arrebatado, y tú gastas el dinero y el tiempo en amores fáciles y que te rebajan, exponiéndote á algo muy grave. Si no abandonas á esa muchachuela, de la que te has nombrado protector, me veré precisado á tomar medidas de rigor, de las que sabes soy enemigo. Nada más te digo por hoy, tú verás lo que debes hacer.»

Esta carta disgustó mucho al pobre Antonio, fué una espina que le clavaron en el corazón. La indignación que le produjo le hizo conocer lo mucho que amaba á Angela.

Al ir aquel día á verla, se retrataba en su cara lo que sufría. Angela lo conoció, le preguntó la causa de aquel disgusto y él disimuló y negó sus sufrimientos.

Al siguiente había ya tomado su resolución. Fué á ver á su primo el conde de V.

– Carlos, le dijo, mi padre me escribe y me reprende, bien sabes el motivo y bien conoces que tú la has provocado.

– Sí, yo he sido; al hacer lo que he hecho he creído que cumplía con mi deber.

– Pues yo creo que has obrado de ligero; tú no conoces á Angela, si la conocieras pensarías de otra manera.

– He conocido á muchas, todas son iguales, – dijo el Conde.

– En resumen, replicó Antonio. Mi padre pretende que yo no haga una obra de caridad, y yo no escucharé su pretensión.

– ¿Llamas á eso obra de caridad? no me parece mal; obra de caridad es amar á la *prójima*.

– Vengo á preguntarte qué castigo se me impondrá si desobedezco á mi padre.

– Tengo orden, – dijo el Conde, – de obligarte á que salgas de Madrid y de no darte dinero, sino de pagar yo mismo cuanto gastes en tu persona.

– ¿No es más que eso? pues bien, renuncio á la pensión que me pasa mi padre; yo sabré hasta dentro de pocos meses en que seré médico, trabajar y ganar lo suficiente para mí y para ella.

– Antonio, medita bien lo que haces; tú no conoces el mundo, te has dejado engañar por el canto de esa sirena.

– Bien meditado está; esa á quien tú llamas sirena, es un ángel; si su cuerpo se manchó, su alma se conservó siempre pura. ¡Cuántas mujeres existen en el mundo que valen menos, mucho menos que ella, pues si su cuerpo es puro su alma es en cambio un pozo de cieno! Y cómo comparar la pureza del cuerpo con la del alma, que es lo que nos hace grandes, que es un pedazo de la Divinidad, que nos iguala á Dios y que...

– Basta, basta, – dijo el Conde, – no te eleves tanto;



ESTUDIO PARA EL CUADRO *El Trabajo*, de Arnaldo Ferraguti, *grabado por E. Mancastropa*

baja, baja á este pobre y despreciable mundo. Hablas con el fuego propio de los 24 años y de tu carácter vehemente y apasionado; todavía no se ha extinguido en tu corazón el calor que da el sol de tu país. Contigo no es posible discutir. ¿Estás decidido á hacer lo que has dicho?

– Sí, – dijo Antonio.

– Pues bien, yo se lo comunicaré á tu padre y él decidirá lo que debe hacerse; hasta entonces sigan las cosas como hasta aquí.

– Hemos terminado, – dijo Antonio.

Se despidió del Conde y salió de su casa en dirección á la de Angela; refirió á ésta todo cuanto había sucedido y la dijo: – Angela, yo no abandonaré á V. de ninguna manera. No sé si V. habrá conocido que yo la amo; por las circunstancias especiales en que nos encontramos, mi respeto hacia V. es la mejor prueba de mi amor. Si V. me ama, yo esperaré ser médico y completaré mi obra.

Al oir estas palabras, el rostro de Angela se cubrió de vivo carmín, por sus ojos pasó un rayo de felicidad infinita, su alma se estremeció y experimentó un éxtasis como el que debieron sentir Adán y Eva cuando se dieron el primer beso de amor... ¡Antonio la amaba! Sin embargo dominó su emoción y contestó friamente:

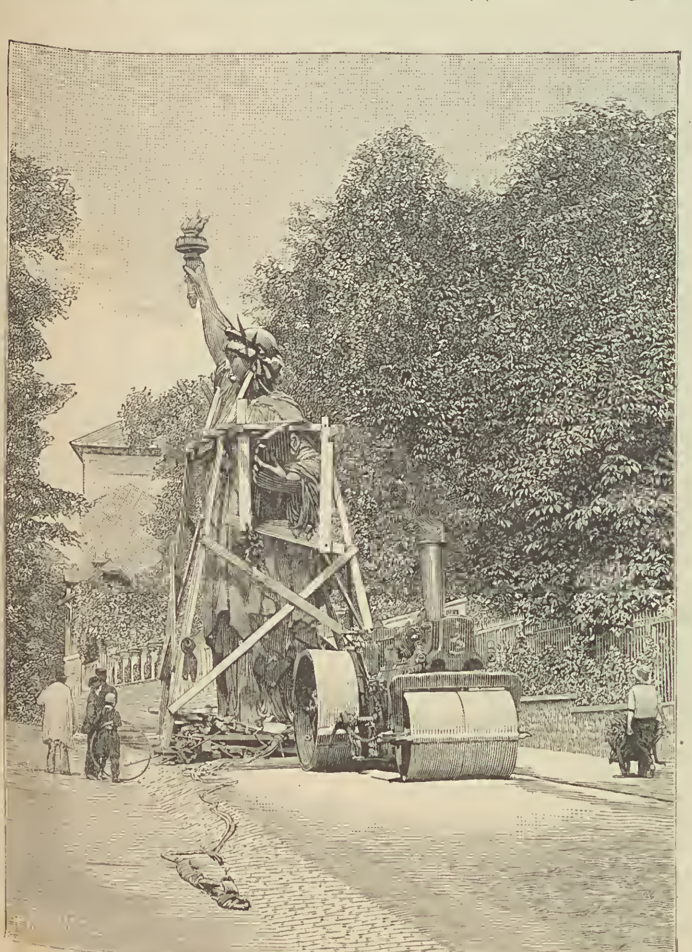
– Antonio, yo agradezco su amor, pero no puedo aceptarle.

– ¿Cómo? ¡no me amas! – dijo Antonio.

– Sí, sí, te... – dijo Angela no pudiendo contener sus palabras, mas luego se dominó y añadió: – Amo á V. como á un hermano, no de otra manera. Yo no puedo amar, mi corazón está muerto; además mi amor mancharía á usted.

En aquel momento Dios en el cielo debió sonreir de la misma manera que cuando Abraham iba á sacrificar á su hijo Isaac: Angela acababa de sacrificar al hijo más querido de su corazón; su amor por Antonio.

Este al oir las palabras de Angela quedóse frío y mudo, y después de breves momentos de silencio dijo:



CONDUCCIÓN DE LA REDUCCIÓN DE LA ESTATUA *La Libertad iluminando al mundo*, regalada por los norteamericanos á Francia

– No quiero insistir, si V. accediese ahora á mi amor no creería en él, lo tomaría por agradecimiento; – y dicho esto salió precipitadamente de la casa de Angela.

Al quedarse ésta sola, lloró: su llanto era de felicidad y de tristeza; de felicidad porque Antonio la amaba, y de tristeza porque creía deber suyo matar aquella felicidad.

Largo rato meditó Angela y por fin tomó esta resolución.

Ella era la causa de que la familia de Antonio le abandonase, ella era la causa de su desgracia; debía pues huir de él. Al siguiente día vendió los muebles y salió de Madrid sin despedirse de Antonio; no tuvo valor para ello. Cuando éste fué á verla le dijeron los vecinos que había devuelto las llaves de la casa. Antonio no podía creerlo: después de dudar un instante, se dirigió precipitadamente á la casa de su madre y tampoco Angela estaba allí. Al saber la madre de Angela que ésta había huido, dijo:

– Era natural, habrá encontrado un amante rico. De tal madre tal hija.

– ¿Cómo? – dijo Antonio.

– Sí, Angela no es hija mía. Su padre, mi marido, tuvo después de casado conmigo una querida, de la cual es hija Angela; yo fuí tan buena que la recogí cuando murió su madre, aquella mala mujer que tanto me hizo sufrir.

– Sí, bien te has vengado en la hija de los sufrimientos que te causó la madre, – pensó Antonio.

Antonio buscó inútilmente á Angela; cuando perdió la esperanza de encontrarla, la tristeza más profunda se apoderó de él, se pasaba horas enteras encerrado en su cuarto y nada le distraía. Esta tristeza fué minando su naturaleza pobre y raquítica, y enfermó.

Le aconsejaron los médicos que saliese de Madrid cuyo clima frío le era perjudicial, ordenándole que fuera á Valencia. Era la época de vacaciones de Navidad y le acompañé. Cuando apoyado en mi brazo nos dirigíamos á la estación se acercó una pobre mujer á pedirnos una limosna; al escuchar su voz, Antonio se volvió, la examinó y reconoció á la que había conocido como madre de Angela.

– ¿Cómo? – le preguntó, – ¿usted en ese estado?

– Sí, señorito; soy muy desgraciada, el ejemplo de Angela contaminó á mi hija Teresa. Mire V. cómo recompensa Dios las buenas acciones. Mi hija se escapó un día con un amante sin acordarse de que abandonaba á su madre ya vieja. La he encontrado después y no parece aquella hija á quien tanto he querido; me negó una limosna que le pedí. ¡El mal ejemplo puede mucho! ¡Maldita sea Angela!

Antonio al oir esta maldición se estremeció, tuvieron que sostenerle para que no se cayera. Estaba ya muy enfermo. Dió una limosna á aquella mujer, y continuamos nuestro camino.

A los pocos días de llegar á Valencia creí que la enfermedad de Antonio era leve y que pronto sanaría. La exuberante y espléndida naturaleza de aquel país, aquel cielo y aquel sol brillante, recordaban á Antonio su país y le mejoraron algo. Estuvo unos días sonriente y alegre, pero pronto volvió á caer en su mortal tristeza. Jamás hablaba de Angela ni quería oir hablar de ella; le mataba la duda de si le engañó, de si fué ingrata, de si volvió á entregarse en brazos del vicio.

Cada día que pasaba iba empeorando Antonio, los médicos dijeron por fin que se moría. Antonio no lo creía así. Un día en que se encontró algo mejor, dijo:

– Mira, tengo un deseo.

– ¿Cuál?

– Quisiera dar un paseo, hoy está el día muy hermoso.

– Bien, cuando venga el médico le preguntaremos si da permiso.

El médico no se opuso á su deseo.

Salimos en carruaje y la casualidad hizo que pasáramos por el hospital; al pasar me dijo:

– Este es un magnífico hospital, uno de los mejores de España. Bajemos, quiero entrar á verlo.

– De ninguna manera, – dije yo, – ese espectáculo te podría perjudicar.

– No; estoy muy acostumbrado; al contrario, se me figurará que voy á clase.

No hubo medio de oponerme, insistió tanto que bajamos y entramos.

Recorrimos varias salas. Antonio parecía encontrarse bien. Entramos en una sala de mujeres y noté que por las mejillas de Antonio corría una lágrima; la enjugó y me dijo:

– Como estas infelices estaba Angela, así la conocí.

Salimos y al atravesar otra vimos que un sacerdote estaba junto á una cama.

Sin decirme nada se soltó Antonio de mi brazo y se arrodilló á los pies de la cama.

Cuando terminó el cura se incorporó, dirigió una mirada á la moribunda y lanzó un débil grito. – ¡Angela! – dijo, y se precipitó hacia su lecho, pues efectivamente era ella á quien reconoció á pesar de lo desconocida que estaba. Abrió los ojos y los fijó en el cielo. – Gracias, Dios mío, – dijo, – muero feliz!

– Morir tú, no, Angela, no, quiero que vivas, todavía hemos de ser felices, bastante nos ha probado Dios. Verdad que me amas? verdad que no me engañaste? verdad que el vicio no se volvió á apoderar de tí?

– Antonio, te amaba con toda mi alma, te amo y después de muerta seguiré amándote. Huí de tí porque lo creí mi deber, mi amor te hubiera hecho desgraciado. Vine aquí y seguí trabajando, y no sé si el exceso de trabajo ó el verme ausente de tí me hicieron contraer la enfermedad de que muero.

Antonio introdujo su brazo por debajo de su cuello y la incorporó. Estuvo un momento contemplándola y la pasión tanto tiempo reprimida estalló en un momento y la dió un largo beso en la boca. Angela volvió á la vida y dijo: – Gracias, ese beso ha purificado mis labios y me ha abierto las puertas del cielo. ¡Adiós!

Inclinó suavemente su cabeza en el hombro de Antonio y su alma coronada de azahar voló á la eternidad abandonando el impuro cuerpo que la había aprisionado.

La contempló Antonio un instante, después dijo:



CASTAÑO COLOSAL DE LA ISLA DE MADERA, detalle del tronco

– Todo ha concluído: por ella vivía, ya ha muerto, yo también moriré pronto, muy pronto.

Al subir al carruaje se desmayó; hasta entonces el mismo dolor le había dado fuerzas.

En cuanto llegamos á su casa se acostó y tuvo un gran vómito de sangre. El médico no respondía ya de su vida. Dos días más vivió durante los cuales únicamente dijo:

– ¡Cuán largo se hace el camino que he de recorrer hasta llegar adonde está ella!

Poco antes de morir me dijo: – Conozco que ya llegó el término de mi viaje. Soy muy feliz. Angela no me había engañado, en el cielo me espera, en su patria y la mía, y ya no nos separaremos nunca.

Pronunciadas estas palabras su alma se separó del cuerpo y fué en busca de la de Angela. Al hacer el médico de cabecera la papeleta de defunción puso en ella que había muerto de tisis; yo dije para mí:

– Antonio ha muerto de nostalgia del cielo.

CARLOS QUEVEDO

UN PUEBLO ESPAÑOL

de cuarenta siglos há

Remota es la fecha, lector amigo, y no sería de extrañar que al leer el título que encabeza estos renglones, escéptica sonrisa asomara en tus labios y que si al cabo te decidieras á emprender su lectura, fuera bajo el supuesto de que sólo se trata de un producto de la imaginación informativa, como llaman hoy en día ciertos estéticos á la función más interesante de la fantasía creadora.

Y sin embargo no es así: lo que vamos á exponer, prescindiendo de disquisiciones etnográficas y arqueológicas, impropias de un trabajo de la índole del presente, no es

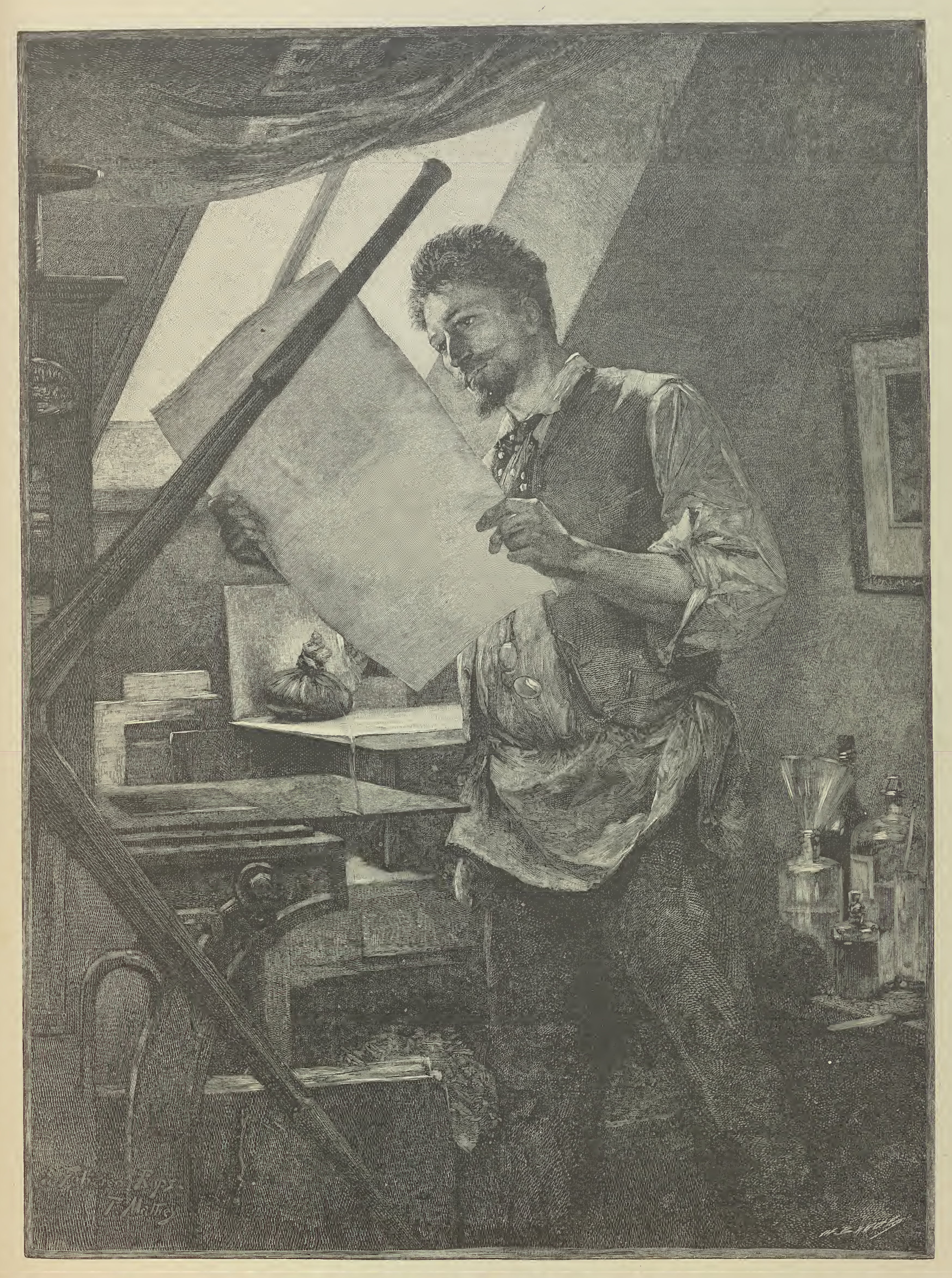


ESCENA CAMPESTRE, cuadro de Mr. Debat-Ponsan (Salón de París de 1888)



CREMACIÓN DEL CADÁVER DE UN JEFE DE TR U DE LA RUSIA ORIENTAL, EN EL SIGLO DÉCIMO

CUADRO I SIEMIRADZKI



UN GRABADOR. RETRATO DE Mr. F. ROPS, cuadro de Mr. Mothey (Salón de París de 1888)

más que un capítulo verídico de la historia de la humanidad, hallado no ha mucho en las cordilleras de montañas que se yerguen altivas en las provincias de Almería y Cartagena.

Veamos cómo: allá por el año 1881 dos ingenieros de minas, de nacionalidad belga, Enrique y Luis Siret, dedicados á estudios de su profesión, en la zona montuosa que se extiende á orillas del Mediterráneo, desde el Cabo de Palos al de Gata, notaron con perspicaz inteligencia, antiquísimos restos de moradas y sepulturas, que haciéndoles suponer la existencia de interesantes objetos arqueológicos pertenecientes á la época proto histórica española, les decidieron á emprender una exploración metódica llevada á término durante siete años con perseverancia verdaderamente flamenca.

El éxito sobrepujó á las esperanzas. Las sierras de Ballabona, Almagrera, Bedar, Enmedio, Almenaras, Almagro y Cabrera, entregaron los tesoros que ocultaban en sus cavernas y en la cima de sus más escarpados picachos, y joyas, armas, utensilios, cerámica, restos indumentarios y otros objetos de diversa índole, se acumularon por miles en poder de los escrutadores extranjeros, que poco después los trasladaron á Bruselas, fundando un «Museo prehistórico español,» burlando así las legítimas aspiraciones de los que deseaban que tales preseas no hubieran salido de la madre patria.

Pero ya que los preciados objetos dejaron de pertenecernos para siempre, podemos consolarnos en algún modo con la magnífica obra que bajo el título *Les premieres âges du metal dans le Sudest de l'Espagne* han publicado en Amberes, recientemente, los Sres. Siret con la erudita colaboración del Dr. Víctor Jacques y de Mr. P. J. Beneden. Á más de los numerosos grabados que ilustran el texto, acompaña á la obra un album magnífico, conteniendo un mapa del territorio explorado y setenta láminas en folio mayor, en las que por medio de la foto tipia se reproducen planos, vistas y miles de objetos dibujados del natural por Luis Siret.

Tanto por el lujo tipográfico como por las condiciones artísticas de la ilustración, resulta la edición verdaderamente regia, cualidad que no es de extrañar, atendiendo al éxito que semejantes trabajos alcanzan en el extranjero, donde el erudito que dedica su inteligencia al cultivo de una rama cualquiera del saber humano, y logra sobresalir en ella, tiene la seguridad de que sus compatriotas no se contentarán, como sucede en alguna nación, que no es menester nombrar, con elogiarle en prosa y verso y celebrar algunos banquetes en su honor, dejando en tanto, que los volúmenes producto de sus vigilias vayan á sepultarse en los sótanos de las librerías. Es de advertir además, que la obra que nos ocupa, logró en el Concurso Martorell de Barcelona el premio de 20.000 pesetas ofrecido al mejor tratado de arqueología española, lo cual indudablemente ha debido contribuir á la esplendidez de la edición. En verdad que los hermanos Siret no pueden estar descontentos de la nación que después de proporcionarles un tesoro, por cuya propiedad se piden hoy al *British Museum* sobre 40.000 duros, les entregó abundantes recursos para darlo á conocer *urbi et orbi*.

Hora es ya que entremos en la enumeración de los objetos descubiertos, que tengan alguna relación con el arte ó mejor dicho con las industrias artísticas, prescindiendo de aquellos que se relacionan con la etnología, craneoscopia, geología, metalurgia, etc., y que no son pocos en número ni escasos de importancia, mas antes haremos una breve indicación acerca del pueblo á que pertenecen.

Dos distintas ramas del tronco jafético poblaron la Península en los tiempos ante históricos, la ibera y la celta, y según el parecer de los autores de *Les premieres âges du metal*, deben atribuirse á la segunda los objetos exhumados. Esta afirmación hecha con las oportunas reservas no es tan precisa que pueda tenerse por indudable, y no falta quien opine de distinta suerte, mas como no sería oportuno terciar aquí en la discusión, como celta consideraremos al pueblo que nos ocupa.

Á juzgar por los datos que suministra D. Manuel de Góngora en su inestimable trabajo: *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, caracterizó á los iberos cierta independencia y afición á la vida nómada que impidió formaran agrupaciones tan considerables de viviendas como las descubiertas en Cartagena y Almería. Así mientras aquellos, se supone que se dedicaron principalmente á la caza y el pastoreo, los celtas mostraron especial afición á las artes industriales y en especial á la cerámica y metalistería, como vamos á ver, formando pueblos de alguna importancia.

Condensando en un tipo común los datos que suministran las exploraciones verificadas en Gatas, el Argar, Fuente Alamo, Caldero de Mojacar, etc., puede asegurarse que los celtas españoles edificaban casi siempre sus moradas en algún cerro elevado cuya aspereza natural constituía el primer elemento de defensa de sus habitantes. Como en algunas ocasiones el sitio elegido no era del todo inaccesible, se le convertía en tal por medio de cortaduras y gruesos murallones de piedra suelta que sólo permitían la subida por un camino escarpado y fácil de atajar con pedruscos prevenidos al efecto. Ya en la cumbre los constructores encaminaban sus esfuerzos á defender el pueblo por recintos de aparejo irregular, cuya principal fortaleza consistía más en el espesor de los muros que en lo sólido de su trabazón.

Á su amparo cada cual edificaba su casa, donde podía ó mejor le parecía, y como el terreno pocas veces era llano, puede suponerse que el aspecto de la población sería pintoresco, aunque pobre y miserable.

Por regla general las casas se componían de cuatro muros de piedra suelta, cubiertos por troncos que servían de sostén á un cañizo sobre el cual se apisonaba una capa de tierra arcillosa defendida de las aguas por juncos dispuestos en forma análoga á la que afectan las cubiertas de las barracas de la huerta de Valencia. Alguna de estas moradas constaba de dos pisos, suponiéndose que el bajo se destinaba á cuadra y almacén y el alto á vivienda. Nada se ha encontrado que permita asegurar de qué medio se valían los moradores para cerrar las puertas y ventanas, pero cabe conjeturar que debieron valerse de tablas groseramente desbastadas unidas por algunas trabas sujetas con cuerdas ó clavos.

El mobiliario de estas chozas de los españoles primitivos era sencillísimo y correspondía á la rudeza de la construcción. En casi todas ellas se advierten adosados á los muros bancos de piedra sobre los cuales, pieles ó haces de paja debieron constituir las camas. Algunos escabeles de madera, varias estacas clavadas en las paredes para sostener las armas y utensilios, un hogar, una piedra lisa con su molón, para triturar el trigo, y algunas vasijas de barro rojo ó amarillento adornadas con rayas groseramente trazadas y dispuestas, completaban el ajuar de aquellas pobres gentes.

Algunas de las construcciones descubiertas ofrecen mayor capacidad que las demás y en ellas se advierten buen número de bancos repartidos por todo el circuito, excepto en el trozo que corresponde á un horno, parte excavado en la roca y parte construído con losas de buen tamaño. Por los residuos hallados en estos locales se ha venido en conocimiento de que unos eran alfarerías y otros fundiciones donde se fabricaban los variados objetos de metal descubiertos en habitaciones y sepulturas en número de 2335, los menos de oro y plata, los más de bronce y cobre.

Tales eran estos pueblos primitivos que tan grandes analogías guardan con las Acrópolis pelásgicas de la Argólida y con las construcciones exploradas por Mr. Schliemann en Hissarlick, presunto emplazamiento de la célebre Troya.

Pero estas poblaciones céltico españolas no sólo defendían y albergaban á los vivos, sino que al propio tiempo, prestaban lugar seguro de reposo á los restos de los que ya no existían. En el Argar, en Gatas, etc., así en los espacios que dejaban libres las casas, como escondidas en las paredes de éstas y hundidas en el interior de las moradas se han descubierto centenares de sepulturas, formadas unas por seis losas planas que constituían la tumba, y otras las más características, reducidas á una robusta tinaja dentro de la cual yacía un esqueleto y algunas veces dos de diverso sexo, tal vez marido y mujer. Presentan estas urnas fúnebres la forma ovoidea truncada, son de recia construcción, y alguna ofrece la particularidad de presentar en su parte externa, una serie de mamelones hemi-esféricos que los descubridores sospechan si serían indicación de que el cadáver por ellas contenido pertenecería al sexo femenino, presunción confirmada por el hallazgo del esqueleto de un niño de corta edad, que debió fallecer al propio tiempo que su madre y por tanto ocupar la misma sepultura.

Sea de ello lo que fuere, en casi todos estos enterramientos se han hallado vasijas de variadas formas, que al parecer contuvieron sustancias alimenticias, armas, utensilios, joyas y restos indumentarios, merced á los cuales podemos intentar la descripción de los trajes y armas de nuestros antepasados en la edad del metal.

Comenzando por el bello sexo haremos notar que las mujeres de tan remota época vestían con la sencillez á que les obligaban los escasos medios suntuarios de que podían disponer, pero que no perdonaban absolutamente ninguno de los que les eran conocidos, para aumentar sus gracias naturales. Collares de varias vueltas formados por sartas de caracoles, conchitas, huesecillos, esferitas de alabastro cristalizado y arcilla cocida, y cuando nó, pequeños cilindros de cobre, bronce ó metales preciosos, en una palabra todo cuanto podía ensartarse le servía á la mujer primitiva para ceñir su cuello y formar una especie de pectoral sobre su desnudo seno. No les eran desconocidos los pendientes de oro, bronce y cobre formados por un hilo arrollado en espiral, ornamento que no sólo colgaban de las orejas sino que les servía para adornar la cabeza sujetándolo sobre el velo en torno de las sienes. Algunas, sin duda esposas de los dignatarios de la tribu, ostentaban diademas de oro y plata, ya en forma de sencillo listel, ya con un adorno sobre la frente que recuerda el *ureus* faraónico. Completábase el adorno femenino con multitud de anillos, brazaletes, ajorcas y groseros imperdibles que nada ofrecen de artísticos.

Los trajes debieron consistir en túnicas cortas y abiertas por los lados, unas veces de piel, y otras de finísimo esparto, cuando nó de lino tejido con bastante primor y cosidas con punzón, utensilio que se ha encontrado en casi todas las sepulturas que encerraron el cadáver de una mujer.

En cuanto á la indumentaria masculina estamos reducidos á meras conjeturas, pues no parece que los montañeses de Almería y Cartagena usaran las túnicas y gorros de esparto delicadamente tejido que según Góngora vestían los esqueletos hallados en 1857 en la *Cueva de los murciélagos* de Albuñol. Otro erudito arqueólogo, don Francisco Danvila y Collado, en su obra *Trajes y Armas de los Españoles*, afirma de acuerdo con Champollion Figeac, que puede deducirse el traje primitivo de los celtas de una entalladura existente en Biban el Moluc en el hipogeo de un Faraón que reinaba á orillas del Nilo hacia el año 1600 antes de Cristo y en la cual se representan todos los pueblos conocidos de los egipcios. «Entre ellos es de notar, dice, el *Tamhou* ó europeo que es el celta primitivo de blanca piel, ojos azules y pelo blondo ó rojo. Este pelo se ve en el centro de la cabeza echado hacia atrás y recogido en una especie de bolsa adornada con perlas, y dispuesto á los lados en dos trenzas que bajan de las sienes hasta el cuello. Dos plumas colocadas en sentido inverso completan el adorno de la cabeza. Un manto ó capa prendida al hombro izquierdo y con un agujero por donde saca el brazo derecho, le cubre hasta los tobillos. El manto en algunas entalladuras parece de piel de buey con su pelo y en otras de tela burda de lana con algunos dibujos formados por el tejido. Está ceñido al cuerpo por una cintura de cordeles. Este verdadero salvaje muestra además el rostro y los miembros tatuados como los actuales indígenas de la Oceanía.»

Nada se ha hallado en Almería y Cartagena que permita ampliar estos datos, pues los Sres. Siret sólo mencionan trozos de tela que debió estar teñida de rojo y restos insignificantes de un gorro y de unas esparteñas.

Las armas usadas por los celtas españoles son conocidísimas por ser las mismas de sílice, hueso, bronce y cobre que usaron en general todos los pueblos primitivos é idénticas son las encontradas por los Sres. Siret, consistentes en hachas y puntas de flecha de metal y piedra tallada ó pulida, puñales y espadas de cobre y bronce, los primeros de 4 á 22 centímetros de longitud y las segundas de 60 á 65 centímetros conservando señales de haber tenido empuñaduras de hueso ó madera. También se han hallado algunos lanzones de robusta construcción y afilada punta.

Para terminar haremos mención del encuentro de algunas figuras de barro rústicamente modeladas, que pretenden imitar la forma de un cuadrúpedo, al parecer toro ó vaca. Tan toscos simulacros que parecen salidos de infantiles manos son los más antiguos monumentos que pueden presentarse del arte escultórico español y comprueban la idea de que los primitivos habitantes de la Península profesaban la zoolatría ó culto de los animales como símbolo ó emblema de los poderes misteriosos de la naturaleza.

Muchas hipótesis pudiéramos aventurar referentes al pueblo que nos precedió en la posesión de las risueñas costas del Sudeste de España si imitando á algunos autores extranjeros que se han ocupado de estudios prehistóricos, diéramos rienda suelta á la imaginación; pero aun á riesgo de que este artículo resulte menos atractivo para la generalidad, preferimos dar por concluída la tarea dejando al lector el cuidado de fantasear sobre las tradiciones, religión, usos y costumbres de los celtas en España. Para nuestro objeto basta con hacer notar que la obra de los Sres. Siret, digna continuación de las de Góngora, Vilanova, etc., merece la atención de todas las personas amantes de los estudios etnográficos y arqueológicos, no sólo porque constituye el Génesis de la Historia patria, sino porque las singulares analogías que se notan entre estos pueblos españoles de cuarenta siglos há y los que poblaron ciertas regiones de Europa, Asia y América son una prueba más de la unidad de la especie humana, verdad afirmada como tantas otras por el inspirado autor de los primeros libros del Antiguo Testamento.

A. Danvila Jaldero

¡POBRE LUISA!

Tenía ya veinticinco años, y puede decirse que sólo había vivido doce en la inconsciencia de la niñez. Desde entonces, desde que dejó su casita de Alcalá de Henares y vino con sus padres á establecerse en Madrid, su vida fué una abstracción compuesta de trabajo, de recuerdos y de deseo.

Trabajó casi desde niña para sostener á su padre enfermo, primero en compañía de su madre, y después sola, cuando quedóse huérfana. ¡Qué soledad más terrible! ¡Qué días de desamparo y de dolor!

Trabajaba casi todo el día y á veces una parte de la noche, cosiendo guantes á máquina, para ganarse un mezquino jornal. En los primeros tiempos de su orfandad, cuando estaba en el crepúsculo de la adolescencia, sólo pensaba en los recuerdos de su infancia y en aquellos breves días de expansión en los que perseguía mariposas en el *Chorrillo* ó veía sacar anguilas en el Henares, pero después sus recuerdos fuéronse haciendo menos frecuentes. Ya no pensó en el pasado, sino en el presente y en el porvenir. Había cumplido veinte años, estaba en esa edad en que los deseos de la juventud acaban de formularse y se fijan en un objetivo.

¿Qué objetivo había de tener una muchacha de veinte años?

Aun conservaba esperanzas. La fuerza de la juventud labraba en ella, porque la juventud rechaza el dolor y la soledad como ilógicos. Decíase á sí propia que debía esperar, que Dios habíala traído al mundo para algo, que su misión de mujer no se había cumplido, pero que se cumpliría.

Tenía dos tiestos en su ventana, un canario en su jaula y un pez en su pecera. ¡Mala señal!

Cuando una joven busca diversas expansiones á su afección íntima, es que su corazón duerme todavía, ó que está demasiado despierto.

Luisa aunque no era coqueta se miraba al espejo con

frecuencia. La conciencia, más que la vista, la reflejaba su imagen: su rostro nada decía, y aunque sus facciones eran regulares, carecían de expresión. Además el trabajo continuo había extinguido la luz de sus ojos, cuya córnea tomaba tintas amarillentas.

Luisa no tenía relaciones en Madrid, ni las buscaba; vivía abstraída y como ensimismada, esperando... cada día con más desaliento.

Un día cada semana, cuando iba á entregar su labor á la guantería, cruzaba por las calles sin que nadie se fijara en ella, y á veces cuando volvía á su casa, antes de comenzar su trabajo, sentábase á la ventana y miraba al cielo, como si de allí pudiese venir lo que deseaba.

Y así iban pasando los meses y los años.

Una noche, al volver de la guantería, paróse un hombre delante de ella y la dijo:

– Convido á V. al café, al teatro y á lo que V. quiera.

Aquel hombre era joven y no desagradable, pero se tambaleaba un tanto, y su mirada tenía una expresión insolente.

Luisa no contestó y siguió andando.

– Qué, ¿no responde V.? – repuso el joven. – Peor para usted. ¡Tonta como todas las feas!

Luisa sintió un golpe en el corazón y lágrimas en los ojos.

Llegó á su casa y allí lloró más, lloró mucho. Era preciso que un hombre estuviera ebrio para que se fijase en ella, y aun así, para insultarla.

¡Pobre Luisa!

Siguió trabajando en su máquina, maquinalmente; ¿de qué le servía aquella tarea continua, sino para prolongar su tristeza y sus decepciones?

Luisa cumplió veinticinco años; edad terrible, que equivale á la de cuarenta en el hombre. Este á los cuarenta años siente la despedida de la juventud y de sus mágicos espejismos; pero le sostienen las luchas de la vida y los estímulos de la actividad varonil. Su campo de acción varía, pero siempre tiene campo donde explayar sus aspiraciones.

Pero la mujer pobre y sola, cuando llega á aquella edad fatal parece que pierde por completo su ser, que abdica la vida, puesto que desde entonces cada día que va pasando imposibilita más su misión de esposa y de madre. Siente el azoramiento del que llega á un sitio del que ya no puede pasar y del que no puede retroceder.

Además casi siempre la parte moral influye en el aspecto físico. El crepúsculo de la juventud á la vejez es rugoso y seco: se asemeja á esos fríos y nublados días de noviembre que anuncian las nieves y los ciclones del invierno.

Luisa se miraba al espejo. Sus ojos estaban ya completamente apagados, sus mejillas adquirían la rigidez de la tierra seca y agrietada. En cambio su cuerpo flexible y esbelto, que era quizá su única gracia, se desarrollaba desfigurándose.

Iba á ser matrona sin haber sido madre.

¡Pobre Luisa!

Pensó en el suicidio.

El suicidio y el patíbulo son las dos manchas negras de la humanidad.

Esta se fija más en el segundo. Le rodea de terribles solemnidades: lo hace como fórmula del desamor de los hermanos hacia el hermano, y trasforma al reo de muerte en una rama podrida, podada del árbol de la vida.

Pero en el patíbulo hay grandeza, porque hay martirio.

En cambio, considerad á esos seres, que envueltos en las sombras de la noche, como larvas de la desesperación, buscan la noche eterna y se hunden en ella por impulso propio: ¿qué estigma pesa sobre ellos para que luchen contra la corriente de la vida en la que se sumerge toda la creación? La naturaleza, siempre previsora y perfecta en todas sus obras, sólo á ellos ha creado mutilados é imperfectos y los separa de la existencia como diciendo:

– No servís para nada, ni aun para vosotros mismos: aniquilaos.

¿Quién puede expresar las gradaciones de dolor que hay en ese calvario que se llama suicidio?

Luisa pensó en suicidarse. Pensaba en la muerte como en un refugio de descanso, pero el recuerdo de su padre la apartó de su propósito. Su padre había muerto de un cáncer en el estómago, y en medio de los terribles y continuos dolores que le aquejaban, decía á veces:

– ¡Ah! si no hubiese Dios ni alma ¡con qué placer me mataría!

Estas y otras frases grabadas en la memoria de Luisa, la sostuvieron en sus deberes religiosos, y entonces hizo lo que todos los que pierden la esperanza en este mundo: elevar su espíritu y buscar en el templo el peristilo del mundo de la eternidad. Oraba ante la imagen de la Virgen, besaba los pies del Cristo; pero ¿quién sabe si á estas ideas del cielo no se unía el vago deseo de buscar medianeros que realizaran sus deseos terrenales?

Una tarde después de haber entregado su trabajo, y de haberse detenido largo tiempo en la iglesia de San Sebastián, volvió á su casa animada, casi alegre. Parecíala que había llegado á una faz decisiva de su vida, y mientras se quitaba la mantilla, miraba hacia el exterior, á través de su abierta ventana.

Vivía al fin de la calle del Ave María, en un sotabanco elevado sobre una cornisa saliente que la ocultaba la calle, y sólo podía ver el cielo, los tejados y las fachadas de las casas de enfrente.



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo (*grabado por E. Mancastropa*)

Aquella tarde el cielo estaba hermosísimo y comenzaba el crepúsculo de un día de primavera.

De repente en una casa frontera, vió á un joven, no asomado, pero sí próximo á un balcón abierto, que la miraba con insistencia.

El corazón de Luisa comenzó á latir violentamente.

Aquel joven era en extremo simpático y sencillamente elegante.

Luisa, al principio dudó: no podía persuadirse de que la mirase á ella, sus continuas decepciones habíanla hecho recelosa.

Pero no cabía duda: la mirada del joven estaba fija en su sotabanco.

Entonces la pobre mujer sintió vértigo y azoramiento. Parecíala que todo cuanto veía giraba á su alrededor.

Se asomó de pechos á su ventana, y miró al que la miraba en una especie de éxtasis de esperanza. Corrió á su espejo, arreglóse rápidamente el peinado y su pañoleta de estambre, y volvió á asomarse.

El joven estaba allí y seguía mirando.

La calle del Ave María es ancha, y además la luz era ya tan débil, que Luisa distinguía con dificultad.



GUILLERMO ONCKEN,
Director de la Historia Universal *escrita parcialmente por veintidós profesores alemanes que publica en esta ciudad la casa editorial de esta Ilustración*

Pero entre aquella penumbra, y á pesar de la distancia, vió que el joven, sin dejar de mirar, se llevó la mano al corazón.

¿Quién pudiera expresar aquella noche de Luisa?

Tenía tarea urgente y sin embargo no trabajó.

Aunque el balcón de enfrente se cerró, y nada veía, Luisa permaneció horas y horas apoyada en su ventana.

Necesitaba aire. Sentía un deslumbramiento interior que contrastaba con la obscuridad de aquella larga noche.

Rendida por el trabajo de su espíritu se acostó maquinalmente, y aunque no pudo dormir, soñó despierta.

¿Sería posible? ¿Aquel joven tan guapo y tan distinguido pensaría en ella? Habíase llevado la mano al corazón, luego ella podía hacer latir alguno. Aquello era un milagro, un milagro de la Virgen que quería sacarla del limbo de soledad y de tristeza. ¡Oh! ¡qué dicha tan grande, más grande porque era tardía! Si él la amaba, ¡cómo iba á amarle ella! ¡Cómo desbordaría en él aquel inmenso raudal de afección contenida!...

¡Pobre Luisa! Después de tantos años aquella noche fué feliz.

No se despertó, porque no había dormido, pero á la primera luz del día estaba ya en pie.

Su primera mirada fué para el balcón de enfrente, que estaba cerrado, la segunda para su espejo.

Dos grandes ojeras, hijas del insomnio, diseñábanse en su rostro; en cambio sus mejillas estaban sonrosadas... por el color de la fiebre.

Se peinó con esmero y vistióse su traje de gala, asomándose de vez en cuando á la ventana y mirando al siempre cerrado balcón de enfrente.

Poco tiempo después se abrió éste, pero no se presentó en él la persona deseada.

Así transcurrió la mañana y una parte de la tarde.

Luisa, á fin de distraerse, trabajó todo el día con encarnizamiento, no sin hacer frecuentes salidas á la ventana. A medida que iban transcurriendo las horas iba creciendo su agitación. Una voz interior la decía que aquel día debía decidirse su destino.

A la caída de la tarde, dejó su máquina y se sentó á la ventana.

El balcón de enfrente estaba siempre abierto, pero solitario.

Quizá alguna joven que lea estas líneas comprenderá el estado en que se hallaba Luisa.

Por fin, poco antes del crepúsculo, en el interior del balcón diseñóse la elegante silueta del deseado joven.

Luisa oía los latidos de su corazón.

El joven, sin asomarse enteramente y puesto en pie, miró hacia donde estaba Luisa.

Luego sacó una carta del bolsillo de su americana, y siempre mirando, la besó apasionadamente.

Entonces Luisa, que estaba de bruces á su ventana, sintió una terrible sospecha. ¿Por qué besaba el joven aquella carta que no era de ella?

Comprendió en parte la verdad, y loca de dolor y de recelo, quiso cerciorarse. Como su sotabanco estaba sobre una cornisa saliente, sacó el cuerpo para alcanzar á ver la fachada de su casa.

Casi tendida, y agarrándose á la cornisa, miró hacia abajo.

En un balcón del cuarto tercero de su casa, había una joven que miraba con insistencia hacia el balcón de la acera de enfrente.

Luisa desprendió sus manos de la cornisa, y cayó á la calle.

¿Fué un suicidio ó un desvanecimiento?

Sólo Dios lo sabe.

¡Pobre Luisa!

CARLOS COLL

NOTICIAS VARIAS

ALUMBRADO DE LAS COSTAS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

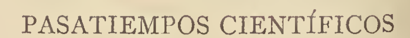
Comprendiendo el gobierno argentino la necesidad de establecer un buen alumbrado en sus costas para que los grandes vapores puedan entrar á cualquier hora del día y de la noche en los puertos de la República, está en tratos con una Compañía que pide la concesión del derecho de construir y explotar cinco faros de primer orden, uno de segundo, y ocho de tercero, escalonados hasta el sur del litoral. Esta concesión comprenderá además el establecimiento de cincuenta boyas faros, y otras tantas secundarias colocadas en el Río de la Plata, en el que tan activa es hoy la circulación marítima. Toda esta instalación costará 18 millones de francos, cantidad de que se indemnizará la Compañía mediante un derecho de tonelaje impuesto á los buques que entren en los puertos de aquel país.

Si se lleva á efecto esta mejora, como es de esperar, la floreciente República habrá prestado un gran servicio á la nevegación fomentándola al propio tiempo; pues contribuirá á no dudarlo á aumentar el número de líneas, marítimas hoy ya considerable, que tanta animación dan al comercio y al desarrollo de los intereses de aquel país.

EL COMERCIO DE PIELES EN SIBERIA

Júzguese de la actividad de los cazadores siberianos por la siguiente nota de la venta de pieles efectuada este año en la feria de Irbit, en la que se concentran todas las peleterías de Siberia. Se han vendido: 3.180.000 pieles de marta; 500.000 de ardillas negras; 1.300.000 de liebres; 140.000 de marmotas; 30.000 de vesos; 11.000 de zorros azules; 2.000 de zorros comunes; 10.000 de tejones y de 3.000 á 4 000 mil de osos y de lobos.

Aun cuando se trata de un comercio de lujo, el consumo de estos artículos es enorme, y los siberianos no llegan á satisfacerlo sino haciendo, como se ve', verdaderas hecatombes de animales; por consiguiente es de temer que dentro de poco tiempo queden destruídas la mayor parte de dichas especies de animales, en particular las martas, de las que ya se encuentran pocas.



PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

La figura 2 reproduce exactamente una naranja cortada de un modo curioso, pues sus dos mitades están contenidas por filamentos entrelazados de la piel cortada sin que ninguna ligadura las retenga. La figura 1 representa en sus diversas fases (1, 2, 3, 4) las operaciones que han de verificarse para obtener ese sorprendente resultado y señala los cortes sucesivos que hay que dar con un buen cuchillo en una naranja de piel lisa y fina: se empieza por hacer los cortes del número 1 (fig. 1), luego los del número 2 y 3, levantando de la carne las tirillas á medida que se van cortando, después de lo cual se hace una incisión ecuatorial al rededor de la naranja interrumpiéndola cada vez que se llega á una de las tirillas, tal como indica el número 4. Con esta serie de cortes se procede á la sección de la naranja en dos partes.

La última operación es la más difícil: dense por avisados los que quieran hacer el experimento.

Experimento curioso de equilibrio

MODO DE HACER BAILAR UNA COPA COMO SI FUERA UN TÍTERE. *(Véase el grabado que lleva este título.)* – Se toman dos botellas de la misma altura, cada una provista de un tapón de corcho cortado en doble bisel (en forma de mitra vista de frente) y se ponen encima de una mesa á cierta distancia una de otra de modo que las aristas del vértice de cada tapón sean paralelas; se coloca sobre cada tapón un cuchillo de mesa haciendo que la hoja descanse sobre la arista por la parte inmediata al mango, que queda fuera, de manera que las dos puntas se miren de frente sin tocarse. Con los extremos del índice y del pulgar se mantienen los cuchillos en posición horizontal y tomando con la otra mano una copa ligera, por ejemplo de las de licor, llena de agua hasta la mitad, se coloca por igual sobre las dos hojas. Después de algunos tanteos, bien aproximando las botellas, bien variando la cantidad de agua de la copa, se consigue que ésta se sostenga sobre las hojas de los cuchillos sin auxilio de la mano; entonces se quitan algunas gotas de agua y la copa y las hojas de los cuchillos se levantan un poco ofreciendo la posición que indica el grabado.

Conseguido esto, se coge un hilo que lleve en su extremo un objeto pesado (un botón de metal, una bala de plomo etc.) y sumergiéndolo en el agua el vaso y las hojas de los cuchillos descienden lentamente y lentamente se elevan cuando se levanta suavemente el hilo: repitiendo este movimiento de una manera regular la copa adquiere un movimiento de oscilación en sentido vertical como si pendiera del hilo y baila ni más ni menos que un títere.

(De *La Nature*)

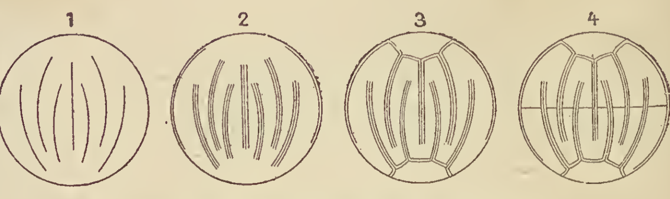
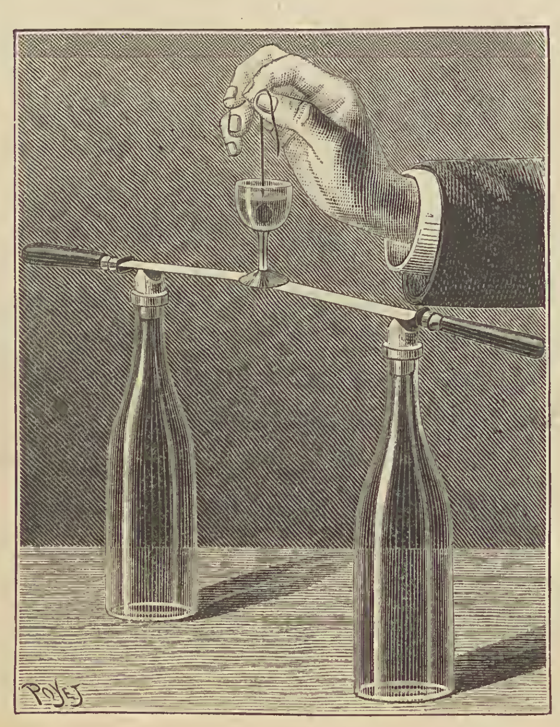


Fig. 1. – Líneas que indican los cortes que hay que hacer en la piel de la naranja



Experimento curioso de equilibrio. – Modo de hacer bailar una copa como si fuera un títere.

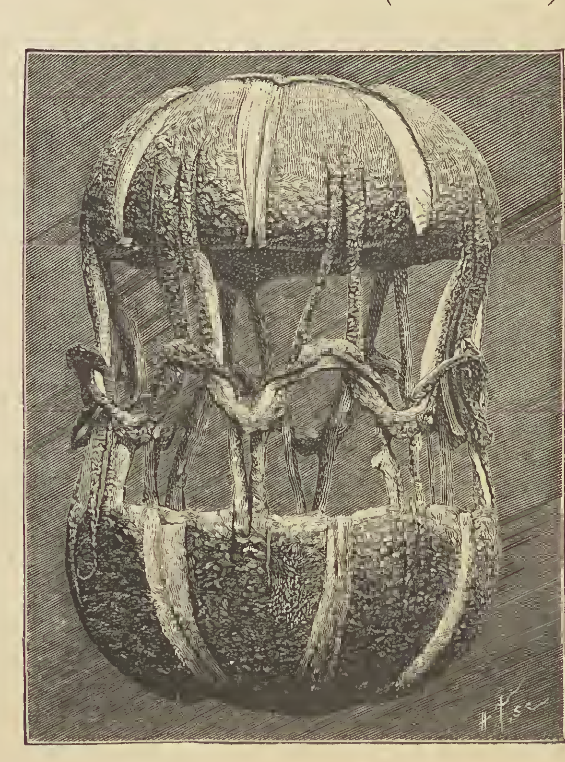


Fig. 2. – Naranja cortada (de una fotografía)